



80

Carles Marcet

RELEYENDO NUESTRAS VIDAS
Al hilo de la *Autobiografía*
de San Ignacio

RELEYENDO NUESTRAS VIDAS

AL HILO DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE SAN IGNACIO

Carles Marcet

1. PRESENTACIÓN	3
2. PRIMERA ETAPA: INFANCIA Y JUVENTUD [AU 1]	4
3. 1521-1522: UN AÑO IMPORTANTE EN LA VIDA DE IGNACIO [AU 1-12]	7
4. OTRA EXPERIENCIA FUNDAMENTAL: MONTSERRAT Y MANRESA [AU 13-34]	10
5. JERUSALÉN [AU 35-53]	16
6. TIEMPO DE ESTUDIOS Y COMPAÑEROS: BARCELONA, ALCALÁ, SALAMANCA, PARÍS [AU 54-86]	18
7. LOYOLA Y VENECIA [AU 87-98]	22
8. ROMA [AU 99-101]	27

Carles Marcet, sj. Licenciado en teología. Ha sido durante años párroco en el barrio de Bellvitge (L'Hospitalet del Llobregat) y acompañante y divulgador de los Ejercicios en comunidades populares. Actualmente forma parte del equipo del Centro Internacional de Espiritualidad de la Cova de Manresa, donde coordina el «Curso de inmersión ignaciana» y el curso «Dos meses de reciclaje en teología». En esta colección también ha publicado *Ignacio de Loyola: un itinerario vital*, Eides nº 75.

Edita: Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona
Tel. 93 317 23 38 - E-mail: info@fespinal.com - www.cristianismeijusticia.net
Edición: Anna Pérez i Mir - Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran
Maquetación: Pilar Rubio Tugas - Septiembre 2016

Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 20513-2016
ISBN: 978-84-9730-381-1 - ISSN: 2014-654X - ISSN (virtual): 2014-6558
Impreso en papel y cartulina ecológicos

Protección de datos: La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

1. PRESENTACIÓN

El relato de la *Autobiografía*, fue narrado por San Ignacio al P. Gonçalves da Câmara, poco antes de su muerte. En las entrevistas que le concedía para ese fin, el P. Câmara tomaba breves apuntes y, al acabar, redactaba a partir de ellos. Ignacio se resistió mucho a contar su vida, tal vez por cierto pudor, tal vez por temor a que fuera presentado como «modelo a imitar» para los jesuitas que iban agregándose a la Compañía.

Ignacio no pretende hacer una crónica objetiva y neutra. Relata hechos históricos pero sólo con el propósito de reforzar la narración del itinerario espiritual, de mostrar lo que Dios ha hecho en su vida, cómo le ha ido conduciendo y cómo él ha ido percibiendo y discerniendo esa acción de Dios.

En este sentido, el título que a veces se da a la *Autobiografía*, «El Peregrino», es significativo, y más si se tiene en cuenta que cuando accede a abrir su interior, Ignacio lleva ya bastantes años sin moverse de Roma. Pero, aun así, se sigue autocomprendiendo como «peregrino». Porque el peregrinaje que nos quiere relatar no es sólo exterior sino fundamentalmente interior. Es algo así como una manifestación de la «memoria del corazón» donde ha ido quedando grabado el modo que Dios ha tenido para apoderarse de su vida y para ir la conduciendo hacia esa «facilidad de hallar a Dios», meta definitiva de su peregrinar, como se expresa casi al final del relato [Au 99].

No se trata de acceder al relato como quien se pone a hojear el álbum de fotos de las historias del abuelo. Se trata más bien de introducirnos en el proceso espiritual vivido por Ignacio, de modo que pueda ayudar a comprender mejor nuestro propio camino espiritual, el peregrinaje de Dios en nuestras vidas. Podríamos convertir a Ignacio en nuestro compañero de búsquedas y andaduras yendo tras Dios que ya nos ha salido al encuentro.

El presente cuaderno pretende ayudar a realizar una relectura de nuestra biografía, al hilo de la que nos brinda Ignacio, que no sea puramente anecdótica o cronológica, sino atenta a las líneas fuerza que han ido operando en ella. Tal vez uno vaya descubriendo que también Dios ha conducido su propia vida y le ha ido enseñando «como un maestro de escuela enseña a un niño» [Au 27].

En cada etapa del itinerario presentaremos brevemente:

- *la historia*: el marco de lo que le sucede a Ignacio.
- *la historia interior*: lo que va aconteciendo en su interior al hilo del peregrinaje externo.
- *la historia hacia nuestros interiores*: donde cada uno puede sentirse invitado a releer los acontecimientos que el Espíritu ha ido tejiendo en su propia vida.

2. PRIMERA ETAPA: INFANCIA Y JUVENTUD [AU 1]

Es muy poco lo que narra la *Autobiografía* de esta etapa de su vida que dura treinta años (1491-1521), tan solo le dedica las tres primeras líneas. Con todo, no conviene pasar por alto estos treinta años de «vida oculta» pues en ellos se va forjando la naturaleza con la que Dios tendrá que trabajar.

2.1. La historia

No por ser prácticamente ignorada en el relato esta etapa es menos importante de reseñar. Se trata de los años en que se forja la personalidad. Destaquemos, aunque sea telegráficamente algunos aspectos de la misma.

Ignacio era el menor de trece hermanos, nacidos en el seno de una familia noble, vinculada a esferas importantes del poder del momento, de religiosidad cristiana tradicional, centrada en prácticas y tradiciones no incompatibles con una cierta relajación de costumbres. Su madre murió siendo él muy pequeño y su educación corrió a cargo de la mujer de su hermano Martín (Magdalena de Araoz) y de la mujer del herrero de la casa torre de Loyola, que vivía en el caserío cercano

de Eguíbar (María Garín). Lo popular y lo noble se dieron la mano en la primera educación de Ignacio.

Fuera del heredero, el resto de hermanos de Ignacio tuvieron que buscarse la vida, ya fuera en campañas militares al servicio del rey, en campañas aventureras hacia las Américas, incorporándose al clero o al mundo cortesano. Aún siendo el País Vasco un lugar cerrado y aislado, también llegaron allá, a través de los diversos hermanos mayores, noticias del mundo exterior que vivía momentos de gran ebullición. Podríamos decir que hay una cierta analogía con el mundo actual, ya que en aquella época se experimentó un primer ensanchamiento o globalización: descubrimiento de las Américas, progresos técnico-científicos, humanismo, ruptura protestante...

Y cuando llegó el momento de buscar un futuro para el benjamín Ignacio, su padre lo colocó en el castillo de Arévalo del contador mayor del Reino de Castilla, Juan Velázquez de Cuéllar, en un ambiente claramente cortesano y caballeresco donde Ignacio vivió de los dieciséis a los veinticinco años. Luego, desde 1517 hasta 1521, estuvo al servicio del Duque de Nájera, virrey de Navarra.

2.2. La historia interior

Todos somos hijos de una cultura, de un contexto, de unos valores ambientales que van penetrando por ósmosis, que nos van configurando aun sin darnos cuenta. Por eso, en buena medida, aun siendo sujetos que toman decisiones, en primer lugar somos sujetos de una decisión que nos toma. En otras palabras: muchas decisiones nuestras no son primeramente nuestras sino dadas por el medio que nos ha configurado. Ignacio no es ajeno a esta condición humana. El ámbito en el que Ignacio se formó le influyó mucho. Se trata de un ámbito o modo de estar en el mundo que podríamos llamar «caballeresco» y que persigue la fama, el honor, la gloria y la autoafirmación: ser alguien importante y reconocido. Un ámbito que influye en las tomas de decisiones personales. Ser caballero, más que un ejercicio militar, es un modo de existir cimentado en el valor de la honra que se establece como ideal bueno hacia el cual deben orientarse las decisiones de la propia libertad y la voluntad.

El prototipo de este modo de existir era *Amadís de Gaula*, obra de Garci Rodríguez de Montalvo, que en los

tiempos de juventud de Ignacio había alcanzado enorme popularidad. Era una especie de manual del caballero y de la cortesía. En esta obra aparece el prototipo de caballero como hombre andante que va de unas tierras a otras emprendiendo aventuras para ganar honra y fama, para significarse y llamar la atención a la dama de sus sueños.

Este ideal caballeresco, noble y valeroso, tenía también el peligro de la soberbia y ambición ilimitada en esa permanente búsqueda de afirmarse a sí mismo. Este es el lado oscuro de la honra en el cual Ignacio también estuvo sumergido durante su adolescencia y juventud. Su propio relato así lo apunta: «hasta los veintiséis años de su edad fue un hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en el ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra» [Au 1].

Esta breve frase del relato señala toda una orientación vital: búsqueda del éxito mundano («del mundo») para autoencumbrarse lo más alto posible («ganar honra») y así ser más estimado y valorado («vanidades»), encontrando en ello gusto y placer («se deleitaba»). Con ella queda muy bien expresada la historia adentro que vivía el peregrino y aquello que le movía y motivaba.

2.3. La historia hacia nuestros interiores

A la hora de percibir cómo Dios va conduciendo nuestras vidas, tal y como le pasó al peregrino, conviene no pasar por alto estas primeras etapas vitales. Podríamos considerar y preguntarnos lo siguiente:

a) La cultura recibida y el contexto en que hemos vivido (educación, familia, valores, personas, ambientes, lugares...), nos han configurado y conforman lo que podríamos llamar «nuestras raíces». Te puede ser de ayuda, evocar y poner nombre a ese conjunto de elementos que te han ido configurando. En otras palabras: ¿cuáles son tus raíces?

b) Hemos visto la ambivalencia del valor honra que modela al joven Ignacio. Pero, al fin y al cabo, será la «madera humana» con la que Dios va a trabajar. Intenta también poner nombre a tu «madera» (aptitudes, aprendizajes, valores interiorizados...) con la que Dios ha trabajado, está trabajando y se dispone a seguir trabajando.

3. 1521-1522: UN AÑO IMPORTANTE EN LA VIDA DE IGNACIO [AU 1-12]

La *Autobiografía* nos sitúa enseguida en el momento crucial de la vida de Ignacio, cuando es herido por una bala de cañón mientras lidera la defensa de la fortaleza de Pamplona.

3.1. La historia

Ignacio estaba al servicio del virrey de Navarra. El reino de Navarra, además de albergar fuertes movimientos nacionalistas, fue lugar disputado por las coronas de España (Carlos I, recién emperador desde 1519) y de Francia (Francisco I). Francisco I no dudó en aliarse a las fuerzas navarras que querían recobrar su independencia y el regreso del Príncipe Enrique. En este contexto se produjo la batalla de Pamplona donde Ignacio fue herido por una bala de cañón (mayo de 1521). Se trataba de una batalla de fuerzas desiguales donde la defensa de la fortaleza de Pamplona era imposible. Ignacio consideró que era ignominioso el retirarse pero la fortaleza al final cayó. Los soldados franceses, tal vez sorprendidos

por la valentía de Ignacio, le dieron un trato amigable, le proporcionaron unas primeras curas en Pamplona y, dos semanas después, fue trasladado a su casa natal de Loyola.

Ignacio se vio obligado a realizar un largo tiempo de convalecencia en Loyola: solo, inmóvil y enfermo, desde fines de mayo de 1521 hasta fines de febrero de 1522. En este tiempo se sometió a una dolorosa operación porque su rodilla derecha había quedado mal soldada en las curas de Pamplona. Tras la operación Ignacio pasó días rondando la muerte. Ya recuperado vio que aparecía una protuberancia a causa del defectuoso encaje de los huesos, y que una pierna le quedaba más corta que la otra, lo cual era una fealdad que su honor, su rango y su elegancia no podían soportar. Así que decidió someterse a

una nueva carnicería de desmesurado dolor. Esta fue una muestra más de su temperamental fuerza de voluntad que rayaba la tozudez, de su no amilanarse –sino crecerse– ante las dificultades, de su orgullo y casi imperiosa necesidad por «señalarse», por hacer algo mayor, de su capacidad de liderazgo y de contagiar a otros.

Para matar el tiempo durante la convalecencia, pidió libros de caballería cuya lectura le deleitaba, pero en la casa no los había. Sólo había libros religiosos. La casual lectura de la *Vida de Cristo* escrita por el cartujano Ludolfo de Sajonia (1314-1378), y de *Flos Sanctorum* de Jacobo de Varazze, vidas de santos en romance, empezarán a provocar cambios en su interior. El nuevo ideal de servir a un Señor aún mayor irá abriéndose paso en su corazón hasta decidirse, una vez sanado, a emprender una peregrinación a Tierra Santa. Con estas intenciones abandona su casa natal.

3.2. La historia interior

Pronto queda claro que el proyecto vital de Ignacio se mantiene firme: «se determinaba seguir el mundo» [Au 4]. A ese fin se sometió a la carnicería de una segunda operación para que su porte externo no resultase afeado. Ello sería un deshonor en su carrera. Pero este tiempo post-operatorio va a ser crucial. Será como un largo tiempo de nueve meses de interrupción, vivido en el silencio y la soledad, donde será posible la gestación de una novedad inesperada que se irá abriendo paso en su interior como una nueva sabiduría regalada. Lo novedoso va a ser el pro-

gresivo paso de un «yo cultural» periférico y definido por lo que su cultura marcaba, a un «yo interior», toda una realidad aún inexplorada por él pero que se va a mostrar rica y habitada.

La mediación que facilitará ese paso, amén del silencio, y la soledad y el paro forzoso, serán las lecturas indicadas de la *Vida de Cristo* y de las vidas de santos. En un primer momento «se aficionaba» [Au 6] a esas lecturas. Poco a poco le irán «alterando» en el sentido de que notará en sí una «alternancia de pensamientos» [Au 7] que irán suscitando en él nuevas imágenes contrastadas y nuevos imaginarios vitales posibles, cosa novedosa para un hombre que había vivido expuesto sólo a la exterioridad. Aún más novedoso le será constatar cómo esos pensamientos e imágenes alternados irán provocando también en su interior diversos sentimientos o resonancias afectivas: «pensar en» e imaginar las cosas mundanas a las que quería volver, en un primer momento le deleitaban pero luego le dejaban internamente seco. Justo lo contrario que le pasaba cuando se ponía a pensar e imaginar su vida al servicio de su «nuevo Señor» (Jesucristo) y de sus nuevos «compañeros de batallas» (los santos), descubiertos a través de aquellas lecturas [Au 8].

También se pondrá a pensar sobre el significado de todo esto: «empezó a maravillarse de esta diversidad y a hacer reflexión sobre ella... viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban» [Au 8]. Volver a su proyecto vital (su «yo cultural»: honores, fama, encumbramiento...) le parece más una regresión que un regreso, y le deja internamente desolado. Consentir con ese nuevo proyecto vital

que se va abriendo paso (peregrinación a Tierra Santa en servicio de su nuevo Señor y, como él, en pobreza y humildad) le parece una progresión y una transgresión, que le llevan más allá de su paradigma cultural y que le dejan internamente consolado.

Así es como un nuevo deseo se va seriamente albergando [Au 9]. La concreción del mismo la expresa de modo muy sensible diciendo que «tenía necesidad de hacer penitencia de su vida pasada» y se le ofrecían «deseos de imitar a los santos». Es un primer darse cuenta de lo equivocada que estaba la orientación vital que había seguido hasta el momento. El deseo se le va determinando y confirmando. En Au 10-11 se presentan algunos signos de esa confirmación: ser visitado por nuestra Señora; su familia percibe que algo interno ha cambiado, conversaciones de las cosas de Dios, mayor dedicación a la oración, tomar nota de puntos de la vida de Cristo; ganas de servir a su nuevo Señor.

Con todo, vista la historia interior en perspectiva, el Ignacio que relata su *Autobiografía* declara que por aquél entonces aunque tenía «un ánimo generoso, encendido de Dios» [Au 9], su alma todavía estaba ciega. Estamos ante un espíritu apasionado pero aún poco lúcido. Si bien una nueva orientación vital de largo alcance aparece en el horizonte, aún se ha de ir concretando y sobre todo enfocando. Porque de momento él sigue siendo, como antes, el protagonista. La matriz de su pensar y sentir sigue siendo caballeresca: destacarse y señalarse para ganar honra en el servicio de un Señor nuevo. Subyace

igualmente una necesidad narcisista de romper con un «yo roto» –su vida pasada de la cual siente asco– mediante un peregrinaje penitencial, y de romper también con su vida pasada mediante un alejamiento del mundo.

3.3. La historia hacia nuestros interiores

a) Del mismo modo que le pasó a Ignacio, posiblemente hayamos tenido a lo largo de nuestra vida situaciones concretas que han acabado siendo mediaciones para una transformación interior, o algunas rupturas dolorosas que han propiciado un nacer de nuevo. Todos tenemos nuestras «balas de cañón». ¿Las puedes identificar en tu vida concreta? ¿Qué lectura haces hoy de su significación?

b) Posiblemente estas «balas de cañón» tienen el potencial de acabar poniéndonos en una tesitura interior donde acaba siendo posible llegar a descubrir y a introducirnos en rincones del corazón nunca explorados o asumidos con anterioridad hasta el momento. Acceder a este nuevo descubrimiento nos va convirtiendo. ¿Tienes experiencia de ello?

c) Es posible que nuestro primer conocimiento del Señor Jesús, en nuestros tiempos de juventud, fuera también apasionado y tal vez algo alocado. Tiempos de ideales e idealismos mozos, de locuras de recién enamorado. Tal vez te puede ayudar recordar y revivir esos episodios de tu vida que, aún siendo transitorios, aportaron todo un aprendizaje el hecho de haberlos vivido.

4. OTRA EXPERIENCIA FUNDAMENTAL: MONTSERRAT Y MANRESA [AU 13-34]

Por más que Ignacio hubiera podido pensar que lo fundamental ya estaba hecho, reconocerá que en este período «Dios le trataba de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño» [Au 27]. Es decir: tenía mucho que aprender aún. Ni más ni menos que los rudimentos que se aprenden en la escuela primaria del Espíritu.

4.1. La historia

Ignacio llegó a Montserrat el 21 de marzo de 1522, donde habitaban unos noventa monjes. El monasterio vivía un período de esplendor espiritual, en parte gracias a la obra del abad García de Cisneros, que había introducido las corrientes de la espiritualidad de la *Devotio Moderna*, y había escrito el *Exercitatorio de la vida spiritual*. Los monjes tal vez pusieron a disposición de aquel peregrino el *Compendio breve del Exercitatorio*. Allí se lee que «lo primero que debe hacer el que se quiere ejercitar en la vida espiritual es que purgue su corazón de todo pecado mortal por confesión».

Esto es lo que hizo Ignacio en Montserrat: estuvo preparando su confesión general durante tres días. Igualmente, se determinó a dejar sus vestidos y armas de cortesano y ponerse «el vestido y las armas de Cristo», culminando todo ello en una vigila nocturna ante la Virgen la noche del 24 al 25 de marzo. Todo un símbolo plástico y sacramental de su determinación de romper con su vida pasada. Empezaba a intuir que, al igual que para manejar el caballo o las armas era preciso ejercitarse, lo mismo sucedía en el campo del espíritu.

No podía entretenerse demasiado en Montserrat si quería llegar a Jerusalén. Los permisos del viaje se da-

ban en Roma sólo el lunes de Pascua de cada año. Aquel año caía en 20 de abril. Pero además, apareció un inconveniente: el cortejo del nuevo Papa, Adriano VI (elegido el 10 de febrero de 1522 y hospedado en Nájera por el duque el 15 de marzo de 1522) estaba llegando a tierras catalanas en dirección a Roma. Podríamos decir que andaba pisando los talones al peregrino e Ignacio no quería encontrarse con ellos en Barcelona, entre otras cosas porque en el cortejo iba gente importante que le conocía y ya se había determinado a dejar aquella vida. Así pues, aunque implicaba aplazar un año el viaje a Tierra Santa, decidió esperar. Parece lógico que Ignacio optara por hacerlo en Manresa, cerca de Montserrat donde tenía su confesor, el monje Chanon.

Pasó once meses en Manresa donde llegó con la pretensión de realizar el proyecto diseñado desde Loyola y confirmado en Montserrat: una vida retirada del mundo, en soledad, con largas horas de oración y penitencias, prolongados ayunos, asistencia a Vísperas y a Misa, descuido corporal, viviendo de limosnas, sirviendo y ayudando en el Hospital donde se albergó la mayor parte del tiempo, etc. El Señor «trastocará su proyecto». Pero eso es cuestión ya de «la historia interior».

4.2. La historia interior

Se suelen distinguir tres etapas por las que pasa Ignacio en este tiempo vivido en Montserrat y Manresa. La primera etapa podría definirse con dos palabras muy de Ignacio pero vividas en este momento de un modo muy enfocado todavía: «hacer» (grandes

penitencias; cosas grandes...) y «más» (más que los santos...). Estas palabras expresan una profunda entrega generosa de exuberantes manifestaciones, algo así como un fervor selvático y una tozudez en su determinación. Estos deseos «selváticos» del «hacer» y del «más», aun revelando una gran y sincera generosidad en el peregrino y un deseo de querer ser fiel a Cristo su Señor, también revelan que se trata aún de una sensibilidad muy exterior y poco lúcida, centrada y dependiente de la imitación de modelos exteriores y, por tanto, poco madura y personalizada. Una etapa que recordaría la situación del que acaba de enamorarse por primera vez. Una etapa que hay que superar, pero que hay que haber vivido, y de la que hay que retener lo positivo que tiene: sencillez de la infancia espiritual.

Cuando Ignacio, tiempo después, describe su estado interior en esta etapa, lo hace con estas palabras: «un mismo estado interior, con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales» [Au 20]. En el fondo, lo que Ignacio hacía era «espiritualizar la vanidad del caballero»: se entrega generosamente en vasallaje a Dios de la manera más heroica posible con penitencias, austeridades... para «más señalarse». Y para reconciliarse con Dios de sus muchos pecados pasados, ganárselo para sí y reconciliarse también consigo mismo de su vanidad herida. En definitiva, lo que busca es conquistar a su nuevo Señor con obras exteriores visibles, sin percibir que el Señor lo que busca es su interioridad, una relación amorosa compartida. Ignacio confunde aún el «Dios Amor» con el «Dios Amo».

Pero esta situación no se prolongará mucho. El peregrino entrará en una segunda etapa existencial. Todo parece venir precedido por la visión repetida de una imagen: «le acaeció muchas veces [...] ver una cosa [...] la cual le daba mucha consolación, porque era muy hermosa [...] le parecía que tenía forma de serpiente, y tenía muchas cosas que resplandecían como ojos [...]. Él se deleitaba mucho y consolaba en ver esta cosa [...] y cuando aquella cosa le desaparecía, le desplacía de ello» [Au 19]. Podemos ver en esta imagen todo un símbolo de una interioridad que busca autocomplacencia, que digan bien de él, de un conquistador narcisista que hace y busca complacerse, deleitarse... Todo ello, expresión nítida de que la consolación experimentada «tiene cola serpentina» y llega con sutilezas y apariencias engañosas: «¡Qué bueno que eres!, ¡Qué grande es tu opción!, ¡Tú sí que vales!». Se la reconoce además porque es pasajera, dura poco y lleva a transitar en poco tiempo del deleite a la sensación de desagrado.

Y la serpiente muerde. Y muerde generando disgusto que estalla con una pregunta interna acuciante «¿Y cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir?» [Au 20]. Una experiencia de «sentir variedades en su alma y de espantarse de ellas». No lo esperaba, lo creía todo definitivamente orientado. Experimenta, pues, en carne propia, que los estados del alma y los tiempos del espíritu tienen «mudanza», y no siempre son estables, gratos y apacibles. Experimenta, en definitiva, la «desolación», que marcará el estado vital de esta segunda etapa. Una desolación que va directamente a

poner en cuestión la orientación vital de Ignacio: «¿Qué nueva vida es esta que ahora comenzamos?» [Au 21]. Lo que le parecía estar bien orientado, se tuerce dejándole en perplejidad y desorientación.

La serpiente sigue atacando por los puntos más flacos de Ignacio: «Vino a tener muchos trabajos de escrúpulos [...] aunque confesaba no quedaba satisfecho [...] y aunque casi conocía que aquellos escrúpulos le hacían mucho daño [...] no lo podía acabar consigo» [Au 22]. Efectivamente, el punto débil de Ignacio era el de los escrúpulos, fruto de su búsqueda de perfección, de obligatoriedad autoimpuesta, de no haber dado la talla, de haber ofendido mucho en su vida a su Señor, de no merecer perdón de Dios... en fin: la autoimagen del Narciso, por el suelo.

Atrapado en el recuerdo morbosos de su pasado, que creía enterrado pero que brota de nuevo como mala hierba, busca remedios que le saquen de la desolación sin acabar de encontrarlos: «Aunque confesaba, no quedaba satisfecho [...] empezó a buscar algunos hombres espirituales [...] mas ninguna cosa le ayudaba [...] perseveraba en sus siete horas de oración [...] y en todos los más ejercicios ya dichos, mas en todos ellos no hallaba ningún remedio [...] le venían muchas veces tentaciones con grande ímpetu para echarse de un agujero grande que aquella su cámara tenía» [Au 22-24].

Pero esta situación de desolación que lleva a Ignacio a las puertas del suicidio será, paradójicamente, la «antesala de la rendición», ya no de la fortaleza exterior de Pamplona, sino de su fortaleza interior: aquí no se trata ya de entregar sus «armas exteriores»

(grandes obras) sino las «interiores» (confianza para dejarse llevar por Otro, incluso a donde uno no prevé). Ha palpado en propia carne la experiencia dolorosa y radical de «perder pie», de «tocar fondo». Se le derrumba todo un proyecto de querer conquistar a Dios desde las propias fortalezas. Se encuentra cara a cara con su radical limitación e indigencia. Estamos en el inicio del reconocimiento de una vulnerabilidad donde es posible empezar a formular: «yo solo y con mis propias fuerzas no me basto», «yo no me puedo liberar por mí mismo». Si hasta ahora, en situaciones de gran dificultad, Ignacio se había percibido con fuerza para salirse por sí mismo, si creía que podía apropiarse de la santidad por sus obras, a golpes de voluntad, ahora ya no. Ahora se sabe no sólo herido sino, sobre todo, vulnerable. Sabe que necesita de unos brazos más fuertes que los suyos para realmente poder sanar. Ser lúcido sobre esto es la primera condición indispensable para un seguimiento real de Jesucristo. Dios le estaba mostrando que, para caminar hacia Él, no hay otro camino que el de la desapropiación.

Esta antesala de la rendición queda muy bien reflejada en este grito de rendición de Ignacio: «Socórreme Señor, que no hallo ningún remedio en los hombres, ni en ninguna criatura, que si yo pensase de poderlo hallar, ningún trabajo me sería grande. Muéstrame Tú, Señor, dónde lo halle; que aunque sea menester ir en pos de un perrillo para que me dé el remedio, yo lo haré» [Au 23].

De este modo la noche oscura, el «descenso hacia los bajos fondos» de la propia humanidad, es camino para que nazca algo nuevo. Es la antesala

de la rendición y de la salvación: sólo Él salva; lo mío es disponerme, dejarme guiar, dejarme configurar, fiarme... Un parto lento, doloroso pero de nacimiento, por donde podrá entrar la gracia consoladora. Se abre así la tercera etapa del itinerario interior vivido por Ignacio en Manresa.

El relato ofrece algunos signos que indican que se va abriendo este nuevo estado en su interior: se ocupaba en ayudar a las ánimas, perseveraba en la oración, se orientaba hacia una ecología vital más sana y menos «austeramente empeñada» (dormir el tiempo destinado, comer mejor...) [Au 26-27]. Son indicadores de una mayor apertura, de una menor autosuficiencia, de un progresivo «dejarse hacer», de una constatación lúcida, y no enojada, de los propios límites y emerge un estado de profunda consolación. Le consuela la experiencia de la «música trinitaria en tres teclas», la percepción del Dios que crea por amor, la presencia real de Cristo en la Eucaristía, la humanidad del Señor... Son experiencias que le atrapan del todo y por entero: el entendimiento se eleva, la imaginación ayuda («ve con los ojos interiores») y no ya sólo con la exterioridad), el afecto se mueve a lágrimas, el espíritu goza y crece en devoción. La fe se clarifica, la opción vital se confirma, tanto que «si no hubiese Escritura que nos enseñase estas cosas de la fe, él se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto» [Au 29]. Y cada vez se siente más movido a comunicar a otros todo ello [Au 28-29].

Estos descubrimientos van preparando la eclosión definitiva que se dará en la experiencia conocida como «Ilustración del Cardener» [Au 30]. Igna-

cio expresará, a lo largo de su vida la convicción de que Dios puede «entrar en el alma humana y hacer moción en ella», que quiere tratar de un modo directo con su criatura; de tal modo que esta puede encontrarse directamente con Él. Y estaba convencido de ello porque, a fin de cuentas, eso es lo que le había acontecido en el Cardener. Se trata, pues, de «una gracia». Gracia que es «ilustración» (luz) frente a la ceguera anterior. Es lucidez que no elimina su apasionamiento anterior sino que lo «ilumina». Una gracia que pasará a ser referencial y fundante para toda su vida. Le posibilitará mirar la realidad de manera nueva, con los ojos iluminados por el Espíritu. El mundo podrá ser mirado, no ya como una realidad opaca, sino como lugar donde Dios se muestra transparente; donde puede ser contemplado y adorado.

Veamos algunos rasgos de la experiencia:

- «[...] Se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de fe y de letras [...]» [Au 30]. Con estas palabras revela que se trató de una experiencia integradora. Todo cobra nuevo orden y concierto: las cosas de la vida espiritual (movimientos interiores), las de la fe (verdades reveladas) y las de las letras (lo que es objeto del conocimiento natural).
- «[...] Y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas [...]» [Au 30]. Se trata de una iluminación sintética de la globalidad de la realidad.

Irrumpe la acción de Dios que le posibilita «ver las cosas de Dios siempre como nuevas». Es el descubrimiento de Dios que trabaja en el propio interior y en el mundo. Descubrimiento de un Dios que se manifiesta invitando a ir tras Él, a ser buscado. Esa será la vida de Ignacio en adelante: «ser conducido suavemente a donde no sabía». La experiencia del Cardener no es un punto de llegada sino de partida. Un punto de partida totalizador de todo lo que vendrá. Es el contacto con el deseo fundamental de su interior más íntimo.

- «[...] le parecía como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto [...]» [Au 30]. El Ignacio de siempre se percibe como nacido de nuevo, criatura entre las criaturas, bañado por la Misericordia del Misterio que, lejos de pretender apabullar, se le hace cercano y accesible. En el Cardener será capaz de percibir el éxodo de Dios, su pasión amorosa e íntima cordialidad para con la criatura. El Misterio dejará de ser distancia fría y exigente para convertirse en calor y sustento de todo lo creado, posibilidad de que la criatura se encuentre consigo misma. En definitiva, «se descubre amado», por un Dios que ya no es Amo al que hay que agradar sino Amor que pide ser acogido, y descubre la realidad toda amada por Dios. Es como una «conversión al mundo»; saldrá de Manresa no con la intención de alejarse del mundo sino de implicarse en él: ayudar a las ánimas. Implicarse en él porque su deseo fundamental es vivir para Cristo, y Cristo vive implicado en

el mundo haciéndose cauce de la misericordia de Dios.

4.3. Historia hacia nuestros interiores

El relato de este fragmento puede ayudarnos a que también nosotros buceemos en aquellas experiencias del Espíritu que han marcado nuestro itinerario:

a) Así, puedes preguntarte si en tu camino de seguimiento de Jesucristo hacia el Padre, has vivido algunos episodios desconcertantes, tal vez lacerantes y dolorosos que, vistos en perspectiva, puedes decir que también han

sido caminos por los que Dios mismo te ha ido enseñando y conduciendo.

b) También puedes evocar experiencias personales en las cuales has acabado por tener que constatar que «yo sólo no me basto», que «mi fragilidad necesita ser fortalecida por la gracia». Experiencias, en definitiva, de rendición de la «fortaleza interior».

c) Posiblemente tengas también experiencias concretas de «encuentros fuertes con Dios», momentos en los que, sin saber cómo, Él mismo te ha salido al paso reorientando tu caminar. Puedes evocarlos una vez más y agradecerlos. No son sólo experiencias pasadas, sino que van contigo hoy, en tu presente.

5. JERUSALÉN [AU 35-53]

El viaje de ida y vuelta a Jerusalén y los pocos días de estancia en Tierra Santa ocuparon bastante espacio del relato. Llama la atención que a pesar de todo lo acontecido en Manresa, Ignacio no abandonó su proyecto de peregrinar a la tierra de su Señor. Más adelante, la fuerza de los acontecimientos le hizo descubrir que no era voluntad de Dios que permaneciera allí.

5.1. La historia

Salió de Manresa en febrero de 1523, para embarcarse en Barcelona hasta Gaeta y de allí a pie hasta Roma, donde llegó en abril de 1523 y consiguió el visado papal para peregrinar. De Roma se desplazó a Venecia. Tenía dos meses de espera antes de embarcar. En agosto de 1523 llegó a Chipre y luego a Jafa, donde se reunía el grupo de veintiún peregrinos que con, escolta turca, caminó hacia Jerusalén.

5.2. La historia interior

Tres notas sobre «los interiores» del peregrino en esta etapa.

1. Ignacio no ha desistido en su proyecto de peregrinación a Jerusalén, pero el bagaje interior adquirido en Manresa lo colorean de modo nuevo. No lo concibe ya como un «peregrinaje penitencial» sino como un «peregrinaje de la confianza». Como él mismo dice, «toda su cosa era tener a Dios por refugio» [Au 35]. Por decirlo gráficamente, lo que quiere es vivir «colgado de Dios» dejando que sea Él quien dirija la nave. Esto le basta. Ha empezado a comprenderse no ya en su mundo sino en el mundo que es de Dios. Ha empezado a comprenderse a sí mismo como «criatura», como «radicalmente pobre», felizmente como «regalado de Dios».

La cara externa de esta nueva convicción interna será una peregrinación en pobreza y sin seguridades. Viajará solo, sin dinero, aceptando sólo limosnas, teniendo el camino por único domicilio, compartiendo estilo de vida con pobres, peregrinos y vagabundos, durmiendo en pórticos y hospitales. Hemos pasado de un «más selvático» (hacer más, imitar más, más penitencias...) a un «más descendente» (compartir la suerte de su Señor pobre y humilde).

2. Uno de los motivos principales que alienta su peregrinaje es la cercanía de los lugares por donde pisó la humanidad de Jesús. Recuérdesse su interés por la «composición de lugar» en los Ejercicios. Un intento de aproximación sensible a Cristo. Como si la historia de Jesús y la suya personal se iluminaran mutuamente, se tornaran muy parecidas. Su empeño es dejarse configurar por Jesucristo [Au 44-45].

3. Al final el peregrino experimentará la necesaria relativización de nuestros «absolutos». Ni siquiera Jerusalén se puede absolutizar. No se podrá quedar allí porque el peregrinaje sólo tiene término en Dios. Así la pobreza y Jerusalén, dos sacramentos tan queridos por Ignacio, dejarán de ser idealizados, para ocupar su justo lugar: medios y sacramentos del camino que conducen más allá; necesarios pero no absolutos. Por primera vez se da cuenta de que «no era voluntad de Nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares» [Au 47 y 50].

Es significativa la aparición, por primera vez en el relato, de la expresión «la voluntad de Dios». Una voluntad que viene de fuera y que lleva, por

lo menos, a dudar o desconfiar, de «*su* voluntad, *su* deseo, *su*...», por piadosos o virtuosos que puedan aparecer. Empezará a descubrir lo que luego tanto va a predicar: la necesidad de la abnegación, de «dejarse podar», de quitar impedimentos para que la voluntad de Dios brote en uno con más vigor. Esto es, consentir a ser movilizad por un proyecto Mayor, que viene de fuera, que sobrecoge y que se llama «voluntad de Dios». Una voluntad que, con todo, le deja un tanto perplejo y con una pregunta a cuestas: «ahora ¿qué debo hacer? Ayudar a las ánimas, sí, pero... ¿cómo?».

5.3. La historia hacia nuestros interiores

a) Del mismo modo que Ignacio empieza a intuir que Jerusalén, más allá de un lugar concreto, es un dinamismo (el dinamismo de una progresiva identificación con el Señor Jesús que puede realizarse en todo lugar), también tú puedes preguntarte cómo vive en ti ese dinamismo de dejarte confiadamente configurar por el Señor Jesús en tu vida. En definitiva ese «querer de Dios» para cada cual.

b) En ese progresivo «dejarse configurar por el Señor» aparecen como «experiencias sacramentales» (lugares, personas, situaciones, acontecimientos, relaciones, palabras recibidas...) que no se pueden retener (absolutizar) pero que son alimento para proseguir el camino de una configuración mayor a Cristo. ¿Cuáles son esas «experiencias sacramentales» en tu vida?

6. TIEMPO DE ESTUDIOS Y COMPAÑEROS: BARCELONA, ALCALÁ, SALAMANCA, PARÍS [AU 54-86]

Perplejo por no poder quedarse en Jerusalén, el peregrino reemprende su camino con el firme propósito de «ayudar a las ánimas», participándoles de su propia experiencia de la cercanía de Dios. Para ello decide ponerse a estudiar. Veremos un largo periplo de tiempos de estudio, y también de agregación de compañeros.

6.1. La historia

Este periodo se inició con la estancia de Ignacio en Barcelona en enero de 1524. Con treinta y tres años se puso a estudiar los rudimentos de la gramática latina con el Maestro Ardèvol. En Barcelona, se le juntarán tres muchachos dispuestos a seguir su modo de vida. Superados unos dos años de gramática, Ardèvol le animó a irse a estudiar Artes a Alcalá.

Llegó a Alcalá en marzo de 1526, dispuesto a proseguir sus estudios en la Universidad fundada por Cisneros. Se albergó en el Hospital de la Misericordia y vivía de limosnas. Si a eso le sumamos que llegó a mitad de curso, ya se puede intuir que poco aprovechó

del estudio. Súmese a ello los problemas que tuvo con la Inquisición. Su presencia en la ciudad llamó la atención: un peregrino vestido raramente, estudiante de cierta edad, acompañado de cuatro muchachos seglares, alojados en un hospital, capaces de platicar con gran concurso sobre cuestiones espirituales... Y en plena crisis de los «alumbrados». Pronto la Inquisición indagará su actuación sin encontrar nada reprochable ni en su vida ni en su doctrina. Simplemente les prohibieron vestir hábito por no ser religiosos. En mayo de 1526 volvieron las pesquisas de la Inquisición. Esta vez condujeron a Ignacio a mes y medio de prisión, lugar que se convirtió en su centro de operaciones espirituales, ya que mu-

chos venían a conversar. Le absolvieron pero se les prohibió, bajo pena de excomunión, enseñar en público y en privado «porque no tenían estudios ni sabían de letras». Ignacio sintió que en Alcalá se «le cierran las puertas para aprovechar a las ánimas» [Au 63].

Por eso con sus compañeros en junio de 1527 marcharon a Salamanca. También aquí fue cuestionado. Los dominicos le investigaron, sorprendidos porque enseñaba sobre vicios y virtudes sin saber de letras, lo cual podía ser índice de «iluminismo», porque, le decían, «de Dios sólo pueden hablar los letrados, objetivamente, o los iluminados, subjetivamente». Nuevamente encarcelado, nuevamente la prisión será su centro de operaciones espirituales, e interrogado una vez más acerca de los Ejercicios Espirituales. El punto más vidrioso era de tipo moral: su distinción entre pecado *venial* y pecado *mortal* sin haber estudiado. Salieron absueltos del juicio pero se les restringió poder seguir predicando.

En febrero de 1528 marchó a París, ciudad famosa por su universidad que contaba con unos 4.000 estudiantes. Sus compañeros se quedaron en Salamanca a la espera de noticias de Ignacio. Estando tan falto de fundamentos, se inscribió en un curso de latinidad en el Colegio de Monteagudo. Allí vivió hasta que un compañero de habitación se fugó con los dineros que le habían dado en limosna para sufragar sus estudios. Ignacio tuvo que acogerse a la caridad del Hospital Saint Jacques, en la puerta del cual mendigaba. Pero la distancia al lugar de las clases y los horarios de las puertas amuralladas de París le forzaba a perder la primera y la última clase del día. Entonces,

empezó a aprovechar los veranos para desplazarse hasta Flandes y Londres a solicitar ayuda de ricos mercaderes españoles. Esto le dispensó de mendigar durante el año y pudo dedicarse al estudio más en serio. Se trasladó como interno al colegio de Santa Bárbara donde conoció a sus «primeros compañeros» (los que quedaron en Salamanca acabaron por no seguirle hasta París). Ignacio empezó el estudio de Artes en 1530, se licenció en 1533 y se graduó como maestro en 1535.

6.2. La historia interior

Llama la atención en este período su decidido empeño por el estudio y, a su vez, las dificultades, tanto internas como externas, con las que va topando. Ha comprendido que es un medio necesario para el fin que busca: «ayudar a las ánimas», ayudar a las personas a participar de su experiencia de Dios. El estudio le será como poner letra a una música de fondo.

A nivel interno le sucedía que, frente a la aridez de los estudios, el «gustar de las cosas espirituales» era más apetecible y le robaba el tiempo destinado al estudio [Au 54]; la pericia del peregrino a estas alturas le hace comprender que eso era «tentación bajo capa de bien» [Au 55]. Algo similar sucedía con su celo apostólico y sus ganas de «ayudar a las ánimas»: también tendrá que poner freno. En París toma mayor conciencia de no haber avanzado suficientemente en los estudios hasta el momento. Se apunta ya aquí una tensión que será compañera de viaje de la espiritualidad ignaciana, entre «inspiración carismática» y «mediación intelectual».

Todavía a nivel interno, su opción de seguimiento de Cristo pobre (vivir de limosnas, en hospitales...) no va a ser fácilmente compatible con el ritmo de estudios que pide un mínimo de seguridades materiales: tiempo, lugar personal, dinero. El peregrino va a tener que hacer equilibrios y, por lo menos en los años de París, rebajará las exigencias de su querida pobreza para estudiar más en bien de las almas. Una segunda tensión que también será compañera de viaje de la espiritualidad ignaciana, entre «vida en pobreza» y «uso de medios apostólicos».

Las trabas externas ya las hemos visto con anterioridad: procesos inquisitoriales, incompreensión del modo de vida, sospechas en lo referente a lo ortodoxo de su enseñanza, etc. Trabas que le conllevan largos procesos, disputas, cárcel... Todo ese conjunto de oprobios, persecuciones y humillaciones fortalecerán su vigor interior al sentirse cercano e identificado con Cristo pobre, humilde y lleno de oprobios [Au 69].

Lo segundo que llama la atención en este periodo es la capacidad de Ignacio de generar un primer núcleo de compañeros que van forjando un proyecto de vida en común. Los dos primeros grandes amigos serán sus compañeros de habitación del colegio de Santa Bárbara, Pedro Fabro y Francisco Javier. Esta amistad se extenderá desde las cosas materiales y humanas hasta las más explícitamente cristianas, y cuya profundidad mayor se dará con la realización de los Ejercicios Espirituales hecha por todos los miembros del grupo que, con el tiempo se irá ampliando (Láinez, Salmerón, Bobadilla, Simón Rodríguez). Se iba gestando

un grupo universitario de amigos que están profundamente unidos para compartir lo más espiritual y lo más humano: la misma mesa, la misma bolsa, el mismo tutor, los mismos estudios... Los aglutina el Señor y la experiencia común de los Ejercicios. Ha ido creciendo entre ellos una relación de estima, un preocuparse los unos por los otros, una necesidad de encontrarse y de compartir proyecto.

Sin duda, el liderazgo de Ignacio contribuye a la consolidación del grupo. Era por edad con mucho el más maduro. Se había movido en ambientes seculares de alto rango, había recorrido buena parte de Europa a pie, conocía centros universitarios de nivel, había experimentado la persecución de la Inquisición y la cárcel, había acompañado espiritualmente a muchas personas. Le ayudaba su fuerte personalidad, su temperamento animoso y su facilidad para la conversación. Ignacio era de aquellas personas que convertía la conversación en un arte. Hablar y conversar no es para él un mero artificio humanista para exhibir locuacidad. La conversación tiene para él un valor apostólico, es diálogo profundo e interpelante. Es capacidad de escucha con todo el ser y de ponerse en la piel del otro. A Ignacio le repelían las personas exageradas, murmuradoras y pontificadoras.

Es liderazgo de una persona profundamente testimonial, de hondura mística, que encarna unos valores humanos y espirituales muy atractivos para personas jóvenes que andan buscando qué hacer con sus vidas. Por eso, aquellos compañeros querían seguir «el modo de vivir de Ignacio», que proponía miras altas: el seguimiento

del Señor Jesús y el deseo de servirle desde una libertad cada vez más radicalmente entregada.

El grupo irá diseñando un estilo con diversos «ingredientes»: cultivo de la vida interior, pobreza, estudio, apostolado, centralidad de Jesús en sus vidas, vida compartida... Y todo con la finalidad de «ayudar a las ánimas». Este proyecto quedará explicitado en los votos que realizarán en Montmartre en agosto de 1534 [Au 85]. En ellos se expresa el deseo de vivir centrados en Jesucristo, y de ahí el voto de ir a Jerusalén y, caso que no resultara posible, de ponerse en manos del Vicario de Cristo para que se sirviera de ellos donde fuera más menester. Además, se comprometían a vivir al estilo del Señor Jesús, en castidad, pobreza, gratuidad, itinerancia, ayudando a las ánimas.

Un proyecto de vida que recuerda al del grupo de los apóstoles enviados a misionar por Jesús (Mt 10). Como expresará muchos años después, uno de los compañeros, Laínez: «nuestra intención aún no era de hacer Congregación, sino dedicarse en pobreza al servicio de Dios y al provecho del prójimo, predicando y sirviendo en hospitales».

6.3. La historia hacia nuestros interiores

a) El progresivo descubrimiento, como querer de Dios y como proyecto vital integrador, de ayudar a las ánimas, ha ido conduciendo a Ignacio a implicarse en dos ámbitos que hasta ahora le eran bastante desconocidos: el estudio y la comunidad. Ello, a su vez,

ha querido vivirlo de forma armónica con otros dos valores muy preciados para él: la pobreza y la soledad. No siempre resulta fácil integrar estos ingredientes diversos en nuestras vidas, por más que en esa integración reside la finura de todo seguimiento del Señor Jesús. Podrías preguntarte cómo en tu vida has ido intentando integrar (y que es lo que te ha ayudado en ello) el seguimiento de Cristo pobre con el uso de instrumentos apostólicos (formación, estudios, profesión...) para ayudar a las ánimas.

b) Igualmente, podrías preguntarte también cómo vas cuidando de manera integrada, los espacios de soledad e intimidad personal con el Señor con los espacios comunitarios donde compartir ideales, proyectos, caminos de seguimiento... con otros.

c) Todos estos elementos –pobreza, intimidad con el Señor, estudio, formación, apostolado, comunidad– en Ignacio se van vertebrando en virtud de esa pasión por ayudar a las ánimas. No carece de importancia que hoy te preguntes: y yo ¿cómo ayudo a las ánimas?, ¿cómo traduciría esa expresión tan de Ignacio pero a la que puedo nombrar de otras maneras?, ¿qué es y cómo se ha concretado y concreta en mi vida eso de «ayudar a las ánimas»?

d) También al hilo del camino del peregrino en este su tiempo de relación y estudios, podrías recordar y pasar por el corazón, las diversas personas amigas con las que has compartido fe, proyectos, seguimiento... o aquellas lecturas personales que han dejado un poso más significativo en tu espíritu... o aquellas conversaciones espirituales que han dejado impronta en tu alma.

7. LOYOLA Y VENECIA [AU 87-98]

Después de los votos de Montmartre, los médicos aconsejan a Ignacio un tiempo de descanso en sus aires natales de Loyola. Ello le fuerza a detener sus estudios y a dejar el grupo de amigos ya consolidado. Pero todo el grupo se cita en Venecia a un año y medio vista, una vez hayan acabado los estudios, para empezar a ejecutar el programa de vida establecido.

7.1. La historia

Ignacio dejó París para volver a su tierra en marzo de 1535, donde permaneció hasta julio. Una estancia breve pero fecunda. Tras ella partió hacia Pamplona, Almazán, Sigüenza, Toledo y Valencia [Au 90]. En estos lugares visitó a las familias de algunos de sus compañeros y les explicó la nueva situación del grupo que se había ido forjando. Era una «patata caliente», pues significaba decirles que su hijo, a quien esperaban regresar como gran licenciado y con alguna prebenda de importancia, se había enrolado en un grupo espiritual aventurero, y que no volvería.

Tras este recorrido de visitas se embarcó en Valencia rumbo a Génova y luego a pie hacia Bolonia y Venecia

donde pasó solo todo el año de 1536 en espera del reencuentro previsto con los compañeros de París.

Durante el período de Venecia, acabó sus estudios de teología, dio ejercicios y mantuvo conversaciones espirituales [Au 92]. Entró también en conocimiento de algunas iniciativas eclesiales reformistas. Una de ellas, la de Jerónimo Emiliani, fundador de la Compañía de los siervos de los pobres, grupo de clérigos reformados. Otra, la de los teatinos, fundada por el obispo Carafa. Ignacio, simple laico, puso sus reparos al obispo Carafa cuando este pretendía que su grupo se uniera al de los teatinos. A Ignacio le sorprendía el poco crecimiento que habían tenido los teatinos, lo atribuía al estilo de vida del

fundador, poco pobre, y al estilo congregacional excesivamente volcado sobre sí mismo, muy pendiente de su vida interna, poco apostólico y poco dado a ejercer la caridad o la humildad de la mendicidad. Ignacio soñaba con un grupo curtido, dispuesto a grandes combates, no en un grupo de monjes instalados en una ciudad.

Conforme a lo previsto, los compañeros llegaron a Venecia en enero de 1537. Les quedaban dos meses antes de negociar en Roma el permiso para embarcar a Jerusalén. Tras estos dos meses fueron a Roma para formalizar el viaje y solicitar de Pablo III ser ordenados. Iban de tres en tres, caminando, alojándose en hospitales, en absoluta pobreza. Llegados a Roma en marzo de 1537, Paulo III les concedió las órdenes a modo de «sacerdotes pobres de letras suficientes», es decir, sin vinculación diocesana que les atase y sin la base de un título patrimonial o benefical. Les concedió también la peregrinación e incluso les dio doscientos sesenta ducados para el viaje. Pero Ignacio se quedó en Venecia y no quiso acompañarles a Roma por la opinión desfavorable sobre él que tenían personas cercanas al Papa, como Carafa y el Dr. Ortiz.

En septiembre de 1537, se reunieron de nuevo en Venecia. Los que habían sido ordenados celebraron su primera misa. Pero aquel año no partió ninguna nave para Jerusalén, y se dieron un año de prórroga como habían previsto en Montmartre. Nuevamente se repartieron en pequeños grupos por las ciudades vecinas. Ignacio, con Láinez y Fabro, irá a Vivenza, al monasterio en ruinas de San Pedro de Vivaro [Au 94]. Este será un tiem-

po para Ignacio de cierto retiro, una especie de «segunda Manresa» donde, después de la aridez del tiempo de estudios, afirma haber sido visitado con grandes consolaciones y haber podido preparar a conciencia su primera misa que soñaba con celebrar en Tierra Santa. Finalmente, transcurrido el tiempo que se habían dado de plazo, vista la imposibilidad de embarcar a Jerusalén, Ignacio se dirigió con alguno de los compañeros a Roma para ponerse a disposición del Papa, tal y como habían previsto en Montmartre [Au 96].

7.2. La historia interior

Hacía veintitrés años que Ignacio había salido de Loyola sin haber vuelto. Quién ahora reaparecía ya no es «Iñigo» sino «Ignacio». A veces hay regresos que son regresiones, pero no es este el caso. Ignacio tiene sus raíces, pero estas no le han encerrado sino que le han abierto horizontes. Es vasco de cabo a rabo pero su mirada es ahora también universal. Vuelve a sus raíces pero cargado de profundas experiencias. Este regreso, que no es una regresión, queda reflejado en su tozuda decisión de no instalarse en la casa-torre de Loyola, sino de vivir en el Hospital de la Magdalena de Azpeitia. Vivirá de limosnas y se dedicará a predicar, a conversar con muchos sobre las cosas de Dios y a enseñar el catecismo a los niños. También decide instar a las autoridades a favorecer obras de caridad para acabar con el hambre y la mendicidad (iniciativa que quedará consolidada estructuralmente), a erradicar vicios ancestrales (amancebamientos, juramentos, blasfemias, juego...) y a

poner paz y reconciliación en familias desgarradas. La actividad de Ignacio en Azpeitia viene a ser como un compendio de lo que será luego la actividad apostólica de la Compañía: conversaciones espirituales, enseñar la doctrina a niños, predicación, trabajo por cambiar conductas, fomento de la piedad, atención a los pobres...

Ya en Venecia, y con el regreso de los compañeros de París, el grupo empieza a vivir, orientado hacia la ayuda de las ánimas, «a la apostólica»: descienden de las sutiles disputas teológicas al humilde menester de atender enfermos, de predicar, de catequizar a niños, etc. Va cobrando cuerpo el lema que después les caracterizará: «en todo amar y servir», en los estudios, pero también en lo más humilde y poco brillante, sirviendo desde abajo, desde «el reverso de la historia». En el fondo, los compañeros de Ignacio están haciendo su noviciado. Después de haber hecho los Ejercicios en París, se trata ahora de confrontar esa experiencia interna con la dureza real de la vida para ver si dicha experiencia es consistente. En el servicio a los hospitales se verán confrontados con realidades de profunda vulnerabilidad; en sus caminatas, con la falta de seguridades, la incomodidad y la capacidad de poner la confianza sólo en Dios; en la enseñanza del catecismo a niños, con la capacidad de sostener el amor y el servicio en situaciones poco vistas, etc.

Y todo ello vivido desde la centralidad de la referencia al Señor Jesús. Por eso, cuando las gentes empezaron a preguntarles «vosotros ¿quiénes sois?», encontraron que lo que más les definía era responder «somos compañeros de Jesús».

De camino a Roma, ya con la decisión de ponerse a disposición del Papa, habiendo renunciado a Jerusalén, Ignacio vivirá otra experiencia espiritual de gran intensidad, conocida como «la experiencia de la Storta» [Au 96]. Si en Manresa vivió una experiencia de «ilustración», ahora experimenta una «confirmación y concreción». Si de Manresa salió con el deseo fundamental de «ayudar a las ánimas» tan amadas y bañadas por la misericordia de Dios, ahora este deseo se concreta en hacerlo dejándose «conformar al Hijo», dejándose «poner donde el Hijo está puesto». Ve claramente que debe ayudar a las ánimas: *con* Jesús y *como* Jesús; asimilándose a Él.

El relato de la *Autobiografía* es parco en palabras a la hora de expresar este acontecimiento. Simplemente dice que «sintió tal mutación en su alma y vio tan claramente que Dios Padre lo ponía con Cristo, su Hijo [...]» [Au 96]. Se relata en pasiva dando a entender que se trata de una gracia, no prevista ni forzada, sino iniciativa de Dios. El texto señala que P. Laínez, presente en la Storta, narra el acontecimiento con más detalles; Ignacio confirma que «todo cuanto contaba Laínez era cierto, porque él no recordaba con tanto detalle» [Au 97]. Puede ayudarnos conocer esos detalles que indica Laínez.

- En primer lugar indica que vio cómo el Padre le ponía con el Hijo «llevando la cruz a cuestras». En la Storta Ignacio se percibe llamado al seguimiento de Cristo en cruz; llamado a ser «compañero» de Jesús pobre y humilde, cargando con su cruz. Entiende que el Señor, a quien quiere seguir y servir, es el Siervo.

Si en sus años cortesanos quería servir a un «rey temporal», y desde Loyola fue descubriendo la existencia de un señor mucho mayor, «el rey eterno», ahora percibe que ese «rey eterno» es concreto: es el Siervo. No es un Señor poderoso, sino un Señor que carga con la cruz, que se vacía, que se entrega, que es crucificado...

- En segundo lugar, indica Laínez que Ignacio sintió cómo el Padre le decía: «yo os seré propicio en Roma». No deja de ser curioso que la concreción del seguimiento se le ofrezca, no en los márgenes de la cristiandad, sino en su corazón, en Roma. Por otro lado ese «os» indica que la experiencia se brinda a todo el cuerpo de los compañeros.
- Por último Laínez afirma que el Padre también decía a Ignacio: «¡quiero que tú nos sirvas!». Ese «nos» hace referencia a la Trinidad (Padre, Hijo y Espíritu) como ámbito relacional dentro del cual se produce la llamada y el seguimiento. Si la experiencia del Cardener fue integradora (percepción de toda la realidad y de todo en la realidad como «medio divino»), también lo es esta: el seguimiento de Jesús acontece en el seno de esa relación de flujo amoroso entre las personas divinas, desde donde cabe comprender y vivir toda otra relación.

Aunque Ignacio relata la experiencia en pasiva para remarcar la iniciativa divina, ese «ser puesto con el Hijo» es una pasividad que pone en marcha. Pone a seguir a un Señor que no para quieto, que no se deja controlar, que no es previsible, que es siempre Misterio tras-

cendente pero activo en la frágil ambigüedad de la historia. Es, pues, como una invitación a «servir a Dios en su dolor en el mundo». Servicio que brota de una mística, de un fuego interior, que no lleva a pasar levitando por el mundo, sino a sumergirse servicialmente en él, junto con el Hijo que carga con la cruz.

7.3. La historia hacia nuestros interiores

a) A medida que avanza, Ignacio va incorporando nuevas experiencias. Una de ellas es la de la eclesialidad. En las primeras etapas, la Iglesia no le supuso problema. Formaba parte de su vivir, recibió una educación cristiana, en Montserrat entró en contacto con la sabiduría de la tradición, en Manresa participaba de los rezos y sacramentos, etc. Los conflictos con la Inquisición en su tiempo de estudios serán un primer toque de realismo y de conocimiento en vivo de la institución eclesial. Ya en Venecia le vemos interesado en conectar con corrientes reformadoras dentro de la Iglesia y así, poco a poco, va cobrando conciencia de esa necesaria reforma... Todo ello nos invita a bucear en nuestra propia experiencia de la Iglesia que, posiblemente, haya pasado también por etapas diversas y estados de ánimo distintos. Te podría ayudar hacer una relectura de la evolución de tu propia manera de «sentir la Iglesia» desde que se tiene uso de razón y percibir los jalones más significativos hasta el momento presente. Y preguntarte «cómo sientes hoy la Iglesia», ¿cómo te sitúas en su seno?

b) La experiencia de la Storta es una concreción que colorea el tipo de

seguimiento y de peregrinación de Ignacio. La configuración a Cristo pobre, humilde y sufriente cobra más relieve. Cargar con su cruz y con su dolor en el mundo va a ser para él algo ineludible. En este sentido, recorriendo tu propia biografía puedes preguntarte cómo ha

estado y está tu deseo de vivir, con Cristo y como Cristo, la solidaridad y cercanía con el mundo de los crucificados. ¿Cómo has ido concretando a lo largo de tu historia ese deseo y qué has ido aprendiendo, confirmando o descubriendo en ello?

8. ROMA [AU 99-101]

La *Autobiografía* relata muy poco de su adolescencia y juventud, antes de su conversión, y también dice muy poco del largo tiempo que pasó en Roma, buscando la aprobación de la Compañía de Jesús y dirigiéndola, hasta su muerte. Son dieciocho años (1538-1556) que conviene no pasar por alto. Aunque Ignacio no peregrina exteriormente de un lugar a otro, mantiene viva su peregrinación interior hasta la meta definitiva, la plena comunión en Dios.

8.1. La historia

Muchas fueron las iniciativas de Ignacio en Roma. Entre ellas en primer lugar, la deliberación de los primeros compañeros (marzo-julio de 1539) donde se decidió el futuro del grupo una vez que el Papa les empezase a enviar a misiones y tuvieran que separarse. Resolvieron formar una congregación religiosa, nombrando a un Superior General a quien prometer obediencia, y después conseguir la aceptación de la nueva Congregación, y la Fórmula del Instituto que aprobará Paulo III en 1540. A partir de ahí, habiendo sido Ignacio escogido Superior General por sus compañeros, su tarea se centró en dirigir la Congregación,

que en poco tiempo experimenta un crecimiento numérico y una dispersión geográfica notables, y en redactar las Constituciones, que serán aprobadas por Julio II en 1550.

Además de ello, y sin salir de Roma, Ignacio no dejó de proponer los Ejercicios a diversas personas, predicar, dar catequesis a niños y ejercer de maestro de novicios con los jóvenes que iban pidiendo incorporarse. Amén de esto, no dudó en dedicar todo el tiempo del mundo a una sola persona que estuviese en apuros. Estuvo interviniendo en asuntos de calado que afectaron a diversos compañeros enviados en misión (ruptura protestante, peligro morisco, guerras entre reinos cristianos, expansión en las Indias...), pero

no olvidó atender y gastar tiempo en problemas menudos (consolar al virrey de Sicilia por la muerte de su esposa, preocuparse de la salud del P. Barceo y del P. Araoz, consolar al P. Lóbreaga que había caído esclavo de los turcos, esbozar un plan de reforma de un monasterio de religiosas, buscar una casa de recreo para los compañeros enfermos o depresivos, a quienes dedicaba especial atención...).

Hay que citar también diversas iniciativas que emprendió ante problemas sociales. Se preocupó por remediar el problema de la prostitución. No era fácil ya que las prostitutas que decidían cambiar de vida, no tenían más alternativa que abrazar la vida monástica. Consiguió dinero para construir la casa de acogida de Santa Marta, fundó una confraternidad de protectores de la institución y elaboró unas constituciones. Pronto se dio cuenta de que no bastaba con acoger a las prostitutas: era necesario atacar el mal desde su raíz, la miseria de tantas familias. A ese fin creó la Cofradía de las vírgenes miserables dedicada a dar cobijo y formación a niñas de diez años en adelante en situación de riesgo, y también promovió la creación de casas de acogida para niños huérfanos. Otro campo de acción fue el de los judíos, removiendo costumbres que no facilitaban su conversión (el fisco se quedaba sus bienes como signo de verdadera conversión) y creando un centro de acogida para la formación de judíos conversos.

8.2. La historia interior

Los dieciocho años últimos de su vida Ignacio los pasará en Roma. Podría-

mos decir que él y sus compañeros peregrinan hacia el centro de la Iglesia para ponerse a disposición del Papa para un servicio mayor en la Iglesia y en el mundo. Es su manera de concretar el «ser puestos con el Hijo». Y ello en un momento en que muchos grupos cristianos pretendían ser creadores alejándose de Roma, como pasó con la Reforma protestante. Afirmada esta inquebrantable lealtad eclesial, Ignacio luchará con todas sus fuerzas para defender la novedad carismática y reformadora del Instituto que empieza a nacer, frente a tendencias eclesiales funcionariales que no la comprenderán e intentarán ahogarla. No abdicará de la novedad de la Compañía que entiende como un carisma para el bien universal de la Iglesia. Al revés: arriesga su lealtad en diálogo eclesial. Nada hay, pues, en Ignacio y su Compañía que suene a creerse los buenos, puros y mejores en una Iglesia desvalorizada. Tampoco nada hay de cobardía a la hora de ofrecer en la Iglesia la originalidad discernida del nuevo carisma.

La originalidad que Ignacio va a defender es la de un Instituto religioso que pone en el centro la misión al servicio de Dios en el mundo. En virtud de ello, lo importante es estar ágil y disponible para ser enviado. Muchas otras cosas quedan relativizadas (oración en común, hábito...) o simplemente eliminadas (búsqueda de cargos, beneficios, prebendas...). En virtud de ello, la nueva Congregación no aspira a quedarse encerrada o limitada a cuestiones eclesiales, sino abierta e interesada por el todo humano. En todo servir: en el cultivo de las ciencias, de las humanidades, en el trato con pobres y con ricos, en un colegio o en una mi-

sión popular... en todo ayudar a que Dios y hombre se encuentren.

Ignacio en la «Capital de la Cristiandad» es consciente de las carencias de la realidad eclesial (clero ignorante, pastores ausentes, pueblo bastante abandonado), de la realidad social y moral dominante (costumbres depravadas, concubinatos, pobreza, estratificación social, marginación), de las complejas relaciones, mutuas y ambiguas, de los ámbitos de la política y la religión, de los príncipes y obispos, reyes y papas, todos ellos cristianísimos pero todos con ansias de poder, control e influencia. Es consciente de las convivencias, luchas y entresijos entre los poderes espiritual y temporal, y de los poderes temporales entre sí. Es consciente de vivir en un contexto de gran novedad y apertura a nuevos mundos y nuevas realidades (desarrollo de las comunicaciones, exploración de nuevos continentes, nuevos inventos, explosión del arte y de la creatividad humanística renacentista), con sus luces y sus sombras, sus pasiones y sus adicciones, etc. Es consciente de los contrastes fuertes: junto al desarrollo de grandes compañías bancarias y financieras como los Medicci o los Fugger, en Roma rondan en abundancia niños abandonados, prostitutas y todo tipo de desheredados que buscan subsistir como pueden.

En medio de este mundo intentará ofrecer una respuesta «que venga de Dios». Destaquemos en él y en su propuesta religiosa:

- *Una vida activa vivida en profundidad.* Inmerso en una frenética actividad le vemos sumergido en la intimidad del Misterio Trinitario. Vive en un estado de silencio inte-

rior que le posibilita vivir lo exterior con atención, estando del todo presente en cada tarea, desde el fondo del propio ser. Vivía su actividad apostólicamente, vivía las realidades cotidianas desde su última profundidad. En la *Autobiografía* lo expresa así: «siempre creciendo en facilidad de hallar a Dios» [Au 99]. No es el suyo un estado de elevaciones místicas episódicas sino un estado habitual de comunión con Dios, de sentir y gustar su presencia activa, con notable inmediatez en lo más profundo de su vida.

- *Una fidelidad interna en un nuevo panorama externo.* Hemos acompañado el itinerario de Ignacio y le hemos visto amante del anonimato, de la pobreza radical, de la desnuda esperanza en Dios, de los caminos y hospitales... Ahora se ve solicitado por reyes, duques, embajadores y obispos, protegido y agraciado por el Papa, condenado a una vida inmóvil y sedentaria. Había anhelado vivir y morir en un rincón de la deseada Jerusalén, y ahora se encuentra en el centro de la cristiandad, sintiendo los latidos fatigados de toda la Iglesia e impotente para responder a tanta necesidad. Convencido de que era Dios mismo el que le había conducido, seguirá firme en su aspiración radical: «ayudar a las ánimas, en todo amar y servir, con y como Cristo». Podía mantener el espíritu del peregrino sin moverse de Roma.
- *En el mundo sin «mundanizarse».* Ignacio encara la tensión que quiere evitar los extremos del «mundanizarse» y del «espiritualizarse», la tensión de estar en el mundo sin

ser del mundo. Lo fácil sería suprimir la tensión por alguno de los dos polos. Ignacio asume el reto de disponerse a vivirla, de reinsertarse y reinsertar a la Compañía en las estructuras de una sociedad con la que había pretendido romper en sus años de exultante vida de peregrinación en pobreza. Reinsertarse en un mundo donde prevalecen estructuras codiciosas de poder, de riqueza y de saber.

Recordemos que el Ignacio neoconverso que sale de Loyola, había roto con estas estructuras. Al poder oponía humillaciones, al dinero la mendicidad y al saber la rusticidad de vida. Pero pronto, ya de regreso de Tierra Santa, había decidido estudiar para «ayudar a las ánimas». Así empezaba a reinsertarse en la estructura del saber y del conocimiento. Durante sus estudios en París decidió no vivir de limosna para poder dedicarse al estudio. Ya en Roma, aunque personalmente pensara que lo esencial es el espíritu más que las letras, no dudó en abrir a la Compañía las puertas del saber, a pedir que los estudiantes estudiaran, a organizar estructuras como el Colegio Romano o el Germánico. Él, que en su celda no tenía más libros que el Kempis y el Evangelio, resultará ser el promotor de lo que será la Universidad más prestigiosa del mundo católico. En todo ello, quien va abriendo caminos es el palpar de la vida misma y el fin que se persigue (la mayor gloria de Dios y servicio de los hombres): era preciso el anuncio del cristianismo en zonas de infieles y en zonas donde la cristiandad estaba amenazada de escisión, y para ello es preciso formar muy bien a sa-

cerdotes y agentes de transformación (colegios, universidades). También en Roma vio que la Compañía, si quería ser fiel a su misión, no tenía más remedio que acercarse a la estructura del poder (buscar influencias, benefactores, contactos). Ello conllevaba el riesgo del orgullo del poder, del dinero y de la ciencia, pero no quedaba otro remedio que correrlo.

Puesto que había que ser flexible en los «instrumentos» era aún más importante centrarse en el «fin»: inmerso en asuntos de dinero, vivirá la pobreza; enviará a compañeros a desempeñar cargos honoríficos en universidades o en Trento, pero les recordará que vivan en hospitales y que enseñen catecismo a los niños. Recordará a todos que, en medio de los éxitos apostólicos, el apóstol no es más que un «pobre instrumento» apasionado de Jesucristo.

- *Al frente de un Cuerpo Apostólico «mínimo» que aspira al «máximo».* Ignacio invita a los suyos a vivir «el deseo del *magis* con la conciencia y concreción del *minus*». Buscará el bien más universal, donde se pueda dar mayor fruto, donde haya más necesidad, o más urgencia... Pero sin olvidar que los compañeros forman una mínima Compañía, es decir, que quieren ser conscientes de que es Dios quien trabaja en su pequeñez y fragilidad, y que si no viven arraigados en Él tampoco darán frutos apostólicos.

Invita a los suyos a sostener ideales altos y concreciones realistas. El deseo de que Cristo se vaya configurando en uno, de ser conducido hacia la plena comunión con el Padre, desde el vigor de su Es-

píritu, en todas las cosas, es el alto ideal de la vida de Ignacio y de lo que hoy llamamos «espiritualidad ignaciana». Ahora bien, hay que vivirlo desde un fuerte realismo de lo concreto y en todas las cosas, no sólo en las que puedan parecer más espectaculares, sino especialmente en los más pequeños detalles que brinda la vida: en el modo de comer, vestir y conversar, en el modo de atender a un enfermo, etc. En definitiva, una meta alta vivida y concretada con realismo incluso en los detalles más cotidianos.

- *Poniendo la confianza en Dios que es quien dirige la nave.* A pesar de todas estas tensiones, a pesar de una cierta nostalgia de los tiempos heroicos de los primeros compañeros, en su ancianidad, Ignacio mira el futuro con esperanza. El fundamento de esta esperanza es la convicción de que Dios dirigía a la Compañía como cosa suya, tal vez a donde esta no esperaba ser dirigida (Jn 21,18), del mismo modo que Dios había dirigido al peregrino como un maestro de escuela a un niño, por caminos que nunca hubiera sospechado.

El peregrino, al repasar su vida, se dará cuenta de que es Otro quién ha dirigido la nave. Para ello hace falta una mirada honda porque, vista desde la superficialidad, su vida podría leerse como un rosario de deseos personales incumplidos y de resultados inesperados. Sin haber pensado fundar una Orden se encuentra dirigiendo una en plena expansión; habiendo sido un amante del retiro y del anonimato se encuentra reclamado desde un sinfín de proyec-

tos y misiones; caminante de caminos polvorientos y solitarios, vive sedentario en Roma y en frecuente relación con personas de influencia; deseoso de vivir y morir en Jerusalén, acaba descubriendo que Dios le quiere en Roma.

Pero en el «incumplimiento» de los propios deseos, Ignacio ha descubierto el «cumplimiento» de un deseo mayor en él que es el mismo deseo de Dios. Ignacio ha consentido «dejarse guiar por Otro», «ha quedado afectivamente cautivado por el Otro». Es un creyente enamorado, no un estoico; y creer es entusiasmarse en el servicio amoroso de Aquel que ha confiado en uno, y se ha mostrado como el Único en quien vale la pena poner toda confianza.

8.3. La historia hacia nuestros interiores

Esta última etapa del relato puede ayudar a mirar el momento actual de nuestra biografía, no exenta, como en su caso, de tensiones y complejidades.

a) Hemos palpado algo de la complejidad del mundo en el cual Ignacio y la Compañía deciden abiertamente insertarse. Una complejidad que también hoy percibimos en nuestro mundo: globalización (de la solidaridad y de la superficialidad), facilidad para la comunicación y la incomunicación, trasvases de capitales y de personas «sin fronteras» (unos acogidos, otros indeseados), creciente exterioridad del conocimiento y creciente desconocimiento de lo interior, aumento de «voluntarios» (para la creación y para la depredación)... El listado lo podrías ampliar desde tu experiencia. Podrías preguntarte, como Ignacio se pregunta-

ba, ¿cómo y en qué puedo ayudar, qué hace falta y es más necesario, qué puedo hacer yo hoy en esta realidad para que sea «mayor transparencia de Dios»?

b) Al peregrino cada vez le resulta más claro que esa inmersión en el mundo ha de realizarla «con Cristo y como Cristo». De lo que se trata es de reflejar a Cristo en medio del espesor de lo real. Una realidad ambigua en la cual, si uno no vigila, fácilmente puede verse desplazado insensiblemente del «como Cristo» al «como el mundo». ¿Cómo cultivas, en el presente de tu vida, esta vigilancia?, ¿cómo intentas vivir en el mundo sin mundanizarte?, ¿qué cosas concretas te ayudan para ello?

c) Esta realidad compleja y espesa era el lugar donde Ignacio encontraba a Dios. En su relato dice de esta época que «crecía en facilidad para encontrarse con Dios en todas las cosas». El mundo es el lugar de la experiencia del Espíritu y en el mundo se puede vivir la experiencia espiritual. Esto tan obvio a veces se nos pasa por alto. Tal vez te ayudaría preguntarte, si hoy, en tu presente, lo cotidiano, ordinario, sencillo, pequeño, repetitivo... de tu vida es para ti experiencia espiritual, encuentro con el Señor. ¿Cómo vives hoy la vocación a la comunión siempre mayor con el Señor en la vida de cada día? ¿Y cómo cuidas hoy esa vocación que sería la fuente o «vocación madre» de toda otra vocación?

d) Jesús, en el Evangelio de Juan, nos invita a «permanecer en su amor». Es lo que Ignacio ha buscado a lo largo de su peregrinación y que ahora, en la etapa final, percibe como algo sustancial y concreto. También al mirar tu propio peregrinaje, desde la perspectiva de tu momento presente, tal vez puedas darte cuenta de que hay algunas convicciones que a lo largo de tu vida y de una manera dinámica «han permanecido». ¿Les podrías poner nombre? Al fin y al cabo estas humildes convicciones son las que acaban sustentando el peregrinaje creyente de cada uno.

e) Siguiendo a Ignacio tal vez hayamos percibido que en este momento de su vida prevalece en él (a pesar de todos los conflictos y tensiones, y en todos ellos) una mirada esperanzada hacia la vida. Esta esperanza no está puesta en los múltiples proyectos, iniciativas y tareas que lleva entre manos. Al revés: las iniciativas, proyectos y tareas están puestos en la esperanza. Así encara la vida, no «proyectando un futuro», sino «acogiendo un Advenimiento», el Advenimiento del Señor que llega en la realidad, incluso cuando esta parece más desconcertante. Desde esta óptica, podrías preguntarte cual es hoy tu personal manera de encarar el presente de tu vida. ¿Tu tesitura vital vive hoy esperanzada, triste, resignada, abierta, apasionada, decaída, expectante...?

«Ayudar» es el verbo con que Ignacio de Loyola expresó modestamente su gran deseo de hacer el bien a los otros.

*Bajo este lema de servicio y sencillez,
la Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES)
ofrece esta serie de materiales ignacianos.*

Escola Ignasiana d'Espiritualitat (EIDES) Colección «Ayudar»

72. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (3) - 73. J. MENACHO. «Para que aparezca la divinidad que trabaja en nosotros» - 74. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (4) - 75. C. MARCET. Ignacio de Loyola: un itinerario vital - 76. P. ARRUPÉ. Hombres y mujeres para los demás - 77. L. ESPINA CEPEDA. Ejercicios ignacianos acompañados por santa Teresa - 78. D. MOLLÁ. El «más» ignaciano: tópicos, sospechas, deformaciones y verdad - 79. J. M. RAMBLA - SEMINARIO DE EJERCICIOS (EIDES). Ejercicios Espirituales de san Ignacio de Loyola. Una relectura del texto (5) - 80. C. MARCET - Releyendo nuestras vidas

Los títulos de esta colección se pueden descargar de internet en: www.cristianismeijusticia.net/es/eides

La Fundació Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos EIDES a quien los solicite. Si usted desea recibirlos, pídalos a Cristianisme i Justícia.

Cristianisme i Justícia

Roger de Llúria 13 - 08010 Barcelona
93 317 23 38 - info@fespinal.com
www.cristianismeijusticia.net



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89

www.cristianismeijusticia.net/eides